

Petr. 5.) Ahora bien, si el Señor tiene cuidado de nosotros, si quiere que confiemos en él, ¿temeremos ó que carezca de poder, ó que falte á su palabra? Y si tal vez no experimentamos los dulces efectos de su providencia tan benéfica, culpémosnos á nosotros mismos; á nuestra poca fe, á nuestras continuas desconfianzas, á nuestras infidelidades, á nuestra flojedad en el servicio de Dios, á nuestro poco fervor y devoción, á nuestra poca confianza. Nosotros le damos muy poco al Señor; aun cuando no nos pide sino lo mas fácil y lo mas justo, se lo negamos cuasi todo; y lo poco que le damos se lo damos con tanto disgusto, que no parece dárselo sino por fuerza y de mala gana. Esto es lo que debilita, lo que apaga nuestra confianza. Aquel pueblo corre en pos de Jesucristo; el deseo de oírle, y el placer de seguirle, hace que se olvide hasta de las necesidades de la vida. Léjos de quejarse ni de murmurar, en lugar de desanimarse por lo largo del camino, ó por la falta de todas las cosas en el desierto, no piensa ni en la fatiga ni en su debilidad, no piensa ni aun en volverse; pero tambien experimenta inmediatamente los dulces efectos de la divina Providencia. Bella lección; pero censura muda y muy elocuente para tantos cristianos que no siguen á Jesucristo mas que de léjos, poco tiempo, y quejándose eternamente del trabajo que su imaginación les abulta, y que su poco amor á Jesucristo les hace demasiado duro. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le serviremos con confianza; sirvámosle con confianza, y él sabrá proveernos en todas nuestras necesidades. Esta es, Señor, la doble gracia que os pido: el que os ame sin división, que os sirva sin relajación, y que os siga sin interrupción; y yo espero en vos que me dispensaréis el favor de velar sobre mi salvación.

JACULATORIAS.—El Señor se digna cuidar de mí, y nada me faltará. (*Psalm. 22.*)

Ninguno de cuantos han puesto su confianza en Dios ha sido confundido. (*Eccles. 2.*)

PROPOSITOS.

1 ¿Podía Dios exigir de nosotros una condición mas fácil ni mas suave para colmarnos de sus bienes, que el que pongamos en él toda nuestra confianza? Sin embargo, muchos no la llenan. No seamos nosotros de este número. Determinémonos á seguir á Jesucristo con confianza, y estemos persuadidos que nada nos faltará; pero sigámosle con el mismo zelo, con el mismo co-

nato y la misma generosidad que el pueblo del Evangelio, y contemos seguramente con su protección. No nos desanimemos por dificultades pequeñas, ni por lo largo del camino; el amor de Jesucristo sostiene con facilidad y da tuerzas; consagrémonos á Jesucristo sin reserva, y él proveerá á todas nuestras necesidades.

2 Un medio para que Jesucristo provea á todas nuestras necesidades espirituales y corporales, es que nosotros mismos proveamos á las de los pobres. Seamos generosos en dar limosnas; nada obliga tanto al Salvador á que nos dispense grandes bienes como la caridad. Visitemos los pobres en los hospitales y en las cárceles, y hagamos cuantos servicios estén en nuestra mano á aquellos á quienes podamos ser útiles. Permanezcamos lo mas que pudiéremos con Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y tendremos parte en sus liberalidades.

DOMINGO SEPTIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

PUEBLOS *esparcidos por el universo, dad palmadas, espresad con repetidas voces de alegría la parte que tomáis en la gloria de vuestro Dios; porque él es el Señor, él es el Altísimo, rey grande y terrible, cuyo imperio se estiende sobre toda la tierra.* Estas son las palabras de entusiasmo, los clamores de alegría, las aclamaciones que la Iglesia ha elegido para el introito de la misa de este día, y que son tan propias de un día de triunfo. Este salmo, que se cree haber sido hecho por la vuelta del Arca despues de alguna célebre victoria, es una profecía clara del triunfo de Jesucristo sobre todo el infierno, y de la Iglesia sobre los gentiles y sobre las herejías todas. La Arca llevada en triunfo sobre la montaña santa, es una figura muy espresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos entonces por los judíos, nos representan perfectamente á los gentiles y á todas las naciones del mundo sometidas á la Iglesia. En efecto, ¿qué triunfo mas brillante, qué victoria mas completa que la de la fe? Subyugar pueblos enteros por la fuerza de las armas no es una gran maravilla: un torrente impetuoso inunda fácilmente todo un país. Lo que sujeta los pueblos enteros es la multitud y la valentía de los soldados; no siempre son los conquistadores los que tienen la mayor parte en la victoria. Despues de todo, las cadenas no sujetan mas que á los cuerpos: ¿qué victorioso, qué conquistador ha podido sujetar jamás el corazón y el espíritu de sus esclavos? Así es que tampoco hay victoria de los hé-

roes que sea entera y completa. La parte mas noble del hombre, que es el alma, queda siempre rebelada despues que el general de un ejército lo ha subyugado y lo ha vencido todo; en medio de los hierros ella es libre y siempre enemiga. Solo Jesucristo, solo Dios es el que ha podido subyugar todos los pueblos, someterlos á su imperio, reducir, por decirlo así, á servidumbre el espíritu y el corazon, y hacer publicar y recibir por todas partes sus divinas leyes, sin el auxilio de la multitud ni de las armas. Por severas que hayan sido estas leyes, por incomprendibles que hayan sido los dogmas de la religion, por opuesto que haya sido el Evangelio al corazon humano, todo se ha sometido; griegos y romanos, escitas y gaulas, pueblos bárbaros, pueblos civilizados y cultos, todo ha cedido, todo se ha humillado, todo se ha sometido voluntariamente al imperio de Jesucristo, y el corazon y el espíritu han sido su gloriosa conquista. Esta es la que debe llamarse victoria insigne, victoria completa, triunfo milagroso, el único que demuestra visiblemente la divinidad del conquistador; la santidad omnipotente de la ley, la verdad incontestable de nuestra religion, la autenticidad del Evangelio de Jesucristo y la suprema autoridad de la Iglesia. ¿Y el profeta que tenia presente esta maravilla, no tenia motivo para esclamar: Palmotead, pueblos de la tierra, por vuestra dichosa suerte? saltad de alegría acordándoos de vuestra felicidad, y con vuestras aclamaciones celebrad una victoria tan admirable. Este parece que es el intento de la Iglesia en el curso del año, despertando de tiempo en tiempo nuestra fe con estos rasgos escogidos de los libros santos, y recordando al espíritu, en el oficio de los domingos, estos milagros permanentes.

La Epístola de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los fieles de Roma, para que en la vida nueva de la gracia observen una conducta diferente de la que llevaban cuando estaban en la servidumbre del pecado. Despues de haber hecho el santo Apóstol un resumen compendiado, pero patético, de las grandes ventajas de la ley de gracia sobre la ley antigua; despues de haber explicado á los nuevos fieles sus deberes y sus obligaciones, y haberles hecho conocer la diferencia del estado funesto del pecado, en que habian vivido, al estado dichoso de la gracia en que habian entrado por el bautismo, significándoles esto en la comparacion del estado de servidumbre con el de la mas dulce libertad; les exhorta á que nada omitan para llevar una vida pura, fervorosa, ejemplar, que corresponda á la santidad del Evangelio, de que hacen profesion, y á que sean

tanto mas santos, cuanto que tienen mas medios de llegar á serlo. Para obligarles á la práctica de las buenas obras, S. Pablo les representa que en la ley de gracia encontrarán una abundancia de auxilios, que la ley de Moisés por sí misma no proporcionaba, y que no pueden hallarse mas que en la ley de Jesucristo. Por lo demás, añade, la libertad que este divino Salvador ha venido á procuraros, no consiste en vivir en la independencia, sino solo en cambiar de señor. Como habeis hecho obras de muerte y de condenacion, mientras que habeis estado bajo de la esclavitud del demonio y del pecado, hoy que estais bajo de la ley de gracia debeis hacer obras de justicia; y puesto que os habeis sometido al yugo del Evangelio, en este mismo hecho estais obligados á hacer todo lo que él prescribe.

Hablo como hombre, dice, *á causa de la flaqueza de vuestra carne*; como si dijera: conociendo vuestra flaqueza, no os pido nada sublime, ni que pueda pareceros demasiado difícil; os pido solamente que hagais para agradar á Dios lo que tantas veces habeis hecho para agradar al mundo, para satisfacer á vuestras pasiones, para llegar al cabo de vuestros frívolos y quiméricos designios. Renovad en vuestro ánimo la memoria de todo lo que habeis tenido que sufrir en el servicio del mundo: ¡qué sujecion á sus duras y estravagantes leyes! ¡qué violencia, qué incomodidad mas universal! Hállanse en él tantos señores como concurrentes, á quienes es menester contemplar, y á quienes es preciso no desagradar. ¿Qué mas dura servidumbre que la del pecado? ¿Qué tiranía mas cruel que la de las pasiones? Cuesta mucho el satisfacerlas. No hay estado alguno que no nos constituya en mayor esclavitud que el estado de pecado; ninguno en que haya mas que sufrir, y mas violencia que hacerse; y de todos estos trabajos, de todas estas sujeciones, de todas estas penas, ¿qué frutos, qué ventajas se reportan? turbaciones, temores, inquietudes en el espíritu, amargura, disgustos mortales, tristeza en el corazon, suplicios eternos despues de esta vida. Dios nos promete una eternidad bienaventurada, una vida llena de dulzuras espirituales, una libertad aun en su servicio, acompañada de una dulce paz; y esto que no exige de nosotros todos los trabajos, toda la incomodidad, todos los sinsabores amargos que se hallan en el servicio del mundo: y despues de todo esto, ¿rehusaremos servir á Dios, guardar sus mandamientos, vivir segun las máximas del Evangelio? *Hablo como hombre*. Me avergüenzo de proponeros estos motivos naturales é interesados: ¿debe ser Dios amado y servido por otro motivo que por el honor y el placer de agradarle? ¿El mismo Dios no

es un motivo suficiente para obligarnos á amarle? pero yo me acomodo á vuestra flaqueza, y las consideraciones caritativas y de compasion que guardo con vosotros deben inclinarnos á obrar por motivos mucho mas perfectos; *porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crimen, así tambien hacedlos servir ahora á la justicia para llegar á ser santos.* Dios os ha perdonado vuestros pecados; pero no os ha dispensado de la obligacion de hacer penitencia. Vosotros por el bautismo habeis llegado á ser templos de Dios, menester es purificar este templo que habia sido manchado con tantas abominaciones é inmundicias: la gracia del bautismo le ha blanqueado, preciso es que la penitencia le adorne. La impureza, el orgullo, la intemperancia, y todos los demás vicios, habian hecho de él un objeto de horror á los ojos de Dios: es necesario que por la humildad, la pureza, el ayuno, y por la práctica de todas las virtudes cristianas, lleguéis á ser un objeto de complacencia á sus ojos. Hacedes entrar luego el santo Apóstol en una reflexion muy á propósito para desengañar á todo hombre de buen sentido, en orden á los placeres y vanos honores de esta vida: Vosotros os habeis entregado á todos los deseos criminales de vuestro corazon; os habeis constituido victimas de vuestras pasiones: ¿qué no habeis hecho y sufrido para agradar á un mundo, á un tirano de quien voluntariamente os habeis hecho esclavos? *¿y qué ventaja habeis encontrado en estas cosas de que ahora os avergonzais? Porque en lo que ellas vienen á parar es la muerte.* El desarreglo de las costumbres, los placeres criminales cuestan mucho, y no dejan mas que arrepentimientos y disgustos. ¿Qué ventajas sacan los pecadores mas afortunados de sus pecados? El placer que ha sido como la flor de ellos, ha pasado en un instante; los remordimientos, la confusion, la vergüenza, frutos amargos de la iniquidad, permanecen. ¿Qué les queda á todas estas víctimas desgraciadas del infierno de todas sus injusticias, de su licencia desenfrenada, de todos sus pecados? Una desesperacion eterna, mas sensible que las mismas llamas que las devoran: he aquí los frutos de sus crímenes. Y aun cuando el pecado hiciese al hombre feliz sobre la tierra, ¿qué puede ganar uno en esto, cuando se pierde por toda una eternidad?

Por lo que hace al presente, estando como estais libres del pecado, y sujetos á Dios, la ventaja que en ello teneis os conduce á vuestra santificacion, y termina en la vida eterna. Esto es lo que se gana en el servicio de Dios: una paz del corazon inalterable, una conciencia tranquila, una alegría interior sin

mezcla, una vida llena de las satisfacciones mas puras, ¡y qué consuelo en la muerte y por toda la eternidad! una felicidad sin medida, sin intervalo, sin limite. *Porque el estipendio del pecado, continua el santo Apóstol, es la muerte: mas la gracia que se recibe de Dios, es la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.* ¡Qué dueño tan magnifico y liberal es el Señor, esclama un sabio y devoto intérprete! Recompensa con la vida eterna una fidelidad de pocos años, y alguna vez de pocos dias; y aun esta fidelidad es siempre debida á la gracia. Son sus propios dones, dice S. Agustin, lo que recompensa cuando recompensa nuestra fidelidad. Justa idea, continua, la que S. Pablo nos da aquí del pecado: es un tirano que tiene á su sueldo miseros esclavos; les promete las mayores ventajas, y despues de haberles arrebatado la libertad, y hecho experimentar mil penas, el estipendio con que les paga es la muerte.

El Evangelio de la misa de este dia nos enseña á conocer los falsos profetas, y nos exhorta á que estemos alerta contra sus seductores artificios. La voz profeta entre los hebreos no solo significa unos hombres inspirados de Dios para predecir lo futuro, sino tambien unos doctores esclarecidos é inspirados de Dios para enseñar al pueblo, y en este sentido deben tomarse los de que habla el Evangelio de este dia.

Jesucristo despues de aquel admirable discurso que hizo á sus discípulos y á una muchedumbre que habia concurrido con él á un valle, situado al pié de una montaña, en donde habia pasado toda la noche en oracion; despues de haberles enseñado las bienaventuranzas; esto es, las fuentes de la verdadera felicidad, y de haberles impuesto muchos preceptos y muchas máximas espirituales que comprenden cuasi toda la moral cristiana; quiso prevenirles contra los lazos y los artificios de los herejes, y de todos aquellos de quienes se serviria el demonio para perderlos, por medio de sus exterioridades hipócritas é imponentes. No hay en verdad cosa mas fácil que el imponer á las almas sencillas con un exterior devoto, estudiado y edificante. Como la caridad forma siempre una parte del carácter de las almas buenas, no pueden creer que los que no manifiestan mas que bondad sean malos. Un aire modesto y mortificado, una afectacion devota y austera, deslumbran; y como no se desconfia de ello, fácilmente es uno engañado. Conociendo el Salvador cuan peligroso era este artificio, y previendo los grandes males que hacian en todos tiempos estos hipócritas artificiosos, quiso prevenir á sus discípulos, y enseñarles á conocer los lobos disfrazados bajo la piel de ovejas. Esto nos demuestra cuánto importa el no dejarse

engañar de ellos, y qué desgracia es para una alma el caer en semejante lazo.

Guardaos, dice el Salvador, de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados en ovejas, mas en lo interior son lobos rapaces. No hay cosa que mas seduzca que el artificio de que se sirven; un exterior que nada presenta que no sea laudable, engaña. Un aire de piedad, de mortificacion, de dulzura y de modestia, no es algunas veces otra cosa que una esterioridad de oveja de que se vale un falso doctor, para engañar con mas seguridad bajo de esta máscara.

Ya desde el tiempo de Jesucristo eran en gran número estos falsos doctores, y causaban un mal infinito en el pueblo, imitando, en todo lo que imponia, á los verdaderos profetas. Los antiguos y verdaderos profetas vestian muy sencillamente, y hacian una vida muy austera: llevaban vestidos de pieles, ayunaban rigurosamente, y se cubrian con sacos y cilicios. Tales eran Jeremias, Isaías y Juan Bautista. Los falsos profetas se vestian del mismo modo, presentábanse á la vista del pueblo grandes ayunadores, predicaban con énfasis la penitencia; nada habia mas fácil que el ser engañados por ellos. El Salvador, pues, nos enseña aquí á conocerlos y á desenmascararlos.

Los conoceréis, dice, por sus frutos. Jamás fué equívoca esta prueba. ¿Cógense racimos de las espinas, ni higos de los cardos? Júzgase de la naturaleza del árbol por los frutos que produce; como es el fruto, así es el árbol, y tal como es el árbol, tal es tambien el fruto; la prueba es recíproca: y como no es posible que un buen fruto venga de un árbol malo, tampoco es posible que un árbol bueno produzca un fruto malo. No os fieis de esterioridades deslumbradoras, dice S. Gregorio, porque los lobos pueden cubrirse con la piel de las ovejas. Verdad es que por poco que se les observe de cerca se descubre muy pronto la artimaña. Una piel sobrepuesta no da ni la voz, ni las inclinaciones del animal á que pertenece por naturaleza. Una humildad sincera, una caridad universal, una piedad sin artificio, una dulzura sin añagaza, una austeridad de vida sin ostentacion, un zelo que nada tiene de escésivo, nada de amargo, distinguen al verdadero pastor á quien se debe seguir, del lobo de quien se debe huir. Desconfiemos de un zelo que no pierde nunca de vista sus propios intereses; de un zelo que impone cargas pesadas, á que no querría él aplicar un dedo; de una piedad sin caridad, de una caridad acompañada de aceptacion de personas. Los cardos no pueden llevar higos, ni los espinos racimos. Pero ¿qué se hace de un árbol que no da buen fruto, dice el Salvador? *Se corta y*

se arroja al fuego. No habla aquí el Salvador de un árbol estéril, habla de un árbol que lleva frutos, pero malos frutos. Terrible leccion para aquellas personas que hacen muchas obras buenas en la apariencia, pero que no producen mas que frutos ásperos, de mal gusto, frutos podridos por la falta de pureza de intencion, por sus malos motivos. Gentes ricas en apariencia, pero que nada encuentran sus manos á la hora de la muerte. Personas zelosas que pueden decir: *Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestra virtud?* Y á quienes se responderá: *Retiraos de mí, porque jamás os he conocido.* Vuestras pretendidas buenas obras han sido frutos de un corazon dañado por las pasiones y por vuestro amor propio. Un árbol malo lleva frutos; pero no puede llevarlos buenos.

No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; quiere decir, que los que hacen profesion de cristianos y creen en Jesucristo no se salvarán, si no añaden á su creencia la observancia de los mandamientos: no basta creer el Evangelio, es preciso seguir sus máximas; y hablar de Dios con unción, hablar á Dios con confianza, sin hacer lo que manda. es un error que condena á muchas gentes. Vosotros decís á Dios: *Señor, Señor,* dice el nuevo autor de las Reflexiones morales; pero si vosotros le reconocéis por vuestro dueño, y no le obedecéis, es lo mismo que pronunciar vosotros mismos el decreto de vuestra condenacion. ¡Cuántos hay que creen haber hecho todo lo que deben para su santificacion, porque han estado mucho tiempo al pié de los altares, ó dentro de su oratorio! Menester es el orar; necesario es el orar mucho; preciso aun, en cuanto sea posible, el orar siempre; pero la oracion que no nos hace mas fieles á nuestros deberes, mas sumisos á la voluntad de Dios, mas dulces, mas caritativos, mas humildes, mas mortificados, mas ejemplares, seria una pura ilusion, y no nos abriria el cielo. *El que hace la voluntad de mi Padre celestial,* dice el Salvador, *ese es el que entrará en el reino de los cielos.* Esto es lo que caracteriza el valor y el mérito de las mejores acciones. Lo que parece mas laudable á los ojos de los hombres, suele ser algunas veces reprobado por el Señor. El justo vive de la fe, pero la fe sin la caridad es muerta; sin las buenas obras es inútil para la eternidad. Es menester que el corazon y la conducta correspondan á la fe y á las palabras. Las manos, y no la voz de Jacob, son las que atraen la bendicion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, cujus providentia in sui dispositione non fallitur: te supplices exoramus; ut noxia cuncta submoveas, et omnia nobis profutura concedas. Per Dominum...

O Dios, cuya providencia no se engaña en su conducta; humildemente os suplicamos que aparteis de nosotros todo lo que puede dañar á nuestras almas, y nos concedais todo lo que puede servir las para la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada del capítulo 6 de la del apóstol S. Pablo á los romanos.

Fratres: Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestrae, sicut enim exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem. Cum enim servi essetis peccati, liberi fuistis justitiae. Quem ergo fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis? Nam finis illorum mors est. Nunc verò liberati à peccato, servi autem facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem verò vitam aeternam. Stipendia enim peccati, mors. Gratia autem Dei, vita aeterna: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos míos: Hablo como hombre á causa de la flaqueza de vuestra carne. Porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crimen, así también ahora hacédlos servir á la justicia para que llegueis á ser santos. En efecto, cuando erais esclavos del pecado, habiais sacudido el yugo de la justicia. ¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? porque todas ellas no van á parar sino á la muerte. Ahora pues, ya libres del pecado y sujetos á Dios, reportais de ello el fruto de vuestra santificación, que lleva por fin á la vida eterna: porque el estipendio del pecado es la muerte; mas la gracia que se recibe de Dios, da la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.

«Esta Epistola es continuacion de la del domingo precedente. Libres por la gracia del bautismo de la servidumbre del pecado, exhorta el santo Apóstol á los fieles á que lleven una vida cristiana, propia del estado de gracia en que han entrado.»

REFLEXIONES.

¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? La vergüenza, el pesar y el arrepentimiento son los únicos frutos del pecado; no se debe esperar de él otra cosa. Es una serpiente, dice el Sabio, que lisonjea, pero que pica; es un veneno preparado que se traga con placer, pero que tarde ó temprano causa crueles dolores; si se previesen bien todas las consecuencias funestas del pecado, habria pocos pecadores. ¿Qué ventajas se sacan de vivir enemigo de Dios, esclavo del demonio, víctima de mil remordimientos, destinado á las llamas eternas? El estipendio del pecado es la muerte; solicítandonos el demonio al pecado no nos promete otra recompensa. Satisfácese uno cuando peca, pero ¡qué cara cuesta esta criminal satisfaccion! Impureza, injusticia, venganza, ¿de qué sinsabores no vais seguidas; y de qué vergüenza, de qué amargo pesar, de qué espantosa desesperacion, de qué rabia, por toda la eternidad? El pecado es una injuria insigne hecha á Dios, y al mismo tiempo el tirano mas cruel del hombre pecador. Puede decirse que el pecado mismo es la pena y el castigo del pecador. Embruteciendo el entendimiento, atormenta horriblemente el corazón; arma, por decirlo así, todas las furias contra el hombre pecador. Adormécese, atúrdese con el tumulto y el desarreglo; mas esto no es otra cosa que una pócima que suspende por algunas horas, por algunos dias, no el sentimiento, sino la razon y el buen sentido; no se raciocina ya cuando se peca; pero al fin el adormecimiento no dura siempre; vuélvese de él, despiértase, y ¿qué vergüenza, qué indignacion, qué despecho no se concibe contra su propia tontería? ¡Buen Dios! ¡qué terribles tormentos causa la sola memoria de una vida pasada en el desarreglo y en el vicio! No hay crimen que no lleve consigo su suplicio. Salud arruinada, bienes disipados, familia atrasada, reputacion mancillada, nombre desacreditado, vosotros no sois el único gaje, por decirlo así, el único estipendio del pecado. ¡Qué confusion mas horrorosa, qué sentimiento mas amargo, cuando se ve, cuando se siente la pérdida que se ha hecho de un Dios, fuente de todos los bienes, cuando se compara la duracion eterna de la pena con la brevedad del placer; la sabiduría de los hombres de bien

con la extravagancia de los libertinos; la felicidad incomprendible de los santos con la desgracia infinita de una alma condenada! No hay pecador alguno que tarde ó temprano no se avergüence de su pecado; no hay réprobo que por toda la eternidad no se llene de rabia al acordarse de su vida criminal. ¿Qué se han hecho al presente todos aquellos insignes pecadores, aquellos mundanos altaneros, aquellos libertinos insolentes que hacian alarde de sus desórdenes? ¿De qué les ha servido aquella licencia desenfrenada, aquel libertinaje triunfante, aquel desprecio orgulloso de las leyes mas santas, aquella ostentacion de sus propios crímenes? ¿Con qué arrogancia se mofaban de las mas terribles amenazas de un Dios omnipotente! ¿Con qué impiedad hacian burla de las mas espantosas verdades de la religion! ¿Con qué irreligion se vanagloriaban de sus delitos! Estos arrebatos de impiedad se han calmado en el lecho de la muerte; estos excesos violentos de un libertinaje desmedido se han estinguido en el sepulcro; los fuegos del infierno han hecho recordar á la razon, han restablecido el buen sentido, han hecho, por decirlo así, revivir aquella fe cuasi estinguida por el libertinaje; y entonces, ¿de qué nos ha servido, esclaman con el Sabio, *de qué nos ha servido aquel orgullo*, aquella jactancia impia, que nos ha conducido á despreciar los buenos ejemplos, los avisos saludables, los remordimientos importunos de una conciencia justamente alarmada? ¿Qué fruto hemos sacado de aquellos tristes placeres, de aquella rebelion criminal de las pasiones, de aquellas satisfacciones odiosas? El placer ha pasado, la vergüenza y el arrepentimiento estéril no pasará. ¡Buen Dios! ¡qué amargo es un arrepentimiento; qué cruel cuando no debe acabarse jamás, y cuando siempre es sin fruto y sin remedio!

El Evangelio es de S. Mateo, cap. 7.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Attendite à falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. A fructibus eorum cognoscetis eos. Numquid colligunt de spinis uvas, aut de tribulis ficus? Sic omnis arbor bona fructus bonos facit: mala autem arbor malos fructus facit. Non potest arbor

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con las esterioridades de ovejas; mas en su interior son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense por ventura racimos de los espinos, ni tampoco higos de los cardos? Así es, que todo árbol bueno da buenos fru-

bona malos fructus facere: neque arbor mala bonos fructus facere. Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur. Igitur ex fructibus eorum cognoscetis eos. Non omnis, qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum cælorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cælis est, ipse intrabit in regnum cælorum.

tos, y todo árbol malo los da malos; un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni uno malo llevarlos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado, y arrojado al fuego; por los frutos, pues, los habeis de conocer. No todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial; este es el que entrará en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el desencadenarse tanto el dia de hoy contra la verdadera devocion, consiste en que no se la conoce, y se la confunde con cierta hipocresia exterior que agravia sobre manera á la verdadera piedad. Hay falsos devotos que se cubren con la máscara de la verdadera devocion; pero esta máscara no engaña mucho tiempo: por poco que se les considere de cerca, luego se descubre su falsedad. Los lobos cubiertos con la piel de oveja no tienen mas que la piel, y al través de esta piel dejan siempre entrever su humor feroz y carnicero. Su voz, su alimento, su marcha, todo los descubre. Los cardos no llevarán nunca higos; el fruto no desmiente jamás la naturaleza del árbol; los espinos no dejan nunca sus puntas, y por mas verdes que sean sus hojas, la aspereza de su fruto es insoportable. Por mas que la falsa devocion contrahaga la verdadera, sus frutos son muy contrarios para que pueda uno engañarse luego que de cerca observe su color, y haga la prueba por el gusto. No hay cosa mas amable, mas dulce, mas respetable que la verdadera piedad; su aire no es ni austero, ni desagradable; no consiste en excesos de un zelo desmedido; aborrece la ostentacion y el fausto; es humilde, modesta, benigna, decorosa, sencilla, sin afectacion, sin gazmoñeria, sin doblez. Enemiga de todo disfraz, gana el ánimo por su rectitud, y el corazon por su dulzura. Majestuosa en su simplicidad, cuanto mas humilde es, es tanto mas respetable: su mérito no depende

del capricho ó de las ideas extravagantes de los hombres; su principio es la virtud sólida; la gracia es el alma; y Dios solo el objeto, el motivo y el fin. Sin razon se piensa que la rusticidad es natural á la devocion, porque alguna vez se encuentra en los que hacen profesion de devotos. La descortesía es un defecto que condena la verdadera piedad. La devocion no afecta, es verdad, un aire de escésiva cortesía, pero no olvida las menores atenciones, ni el mas pequeño de los deberes. Animada del espíritu de Jesucristo, mira con horror el espíritu del mundo; hace una guerra irreconciliable al amor propio, y su ejercicio ordinario es la mortificacion de los sentidos y de las pasiones. La voluntad de Dios es el gran móvil que la hace obrar; Jesucristo en la cruz el gran modelo que se propone; el Evangelio su ley; la vida de los Santos su escuela; y su aplicacion y estudio consiste en la práctica de las virtudes cristianas. El pensamiento de la muerte la consuela, el de la eternidad la ocupa, y el único objeto de sus votos es el cielo. Una piedad estudiada y artificial apenas va mas que por caminos estraviados y extravagantes. La verdadera piedad no sale nunca de su estado. La humildad, la modestia, la mansedumbre, una mortificacion continua, una caridad sin límites, un deseo puro de agradar á Dios, una puntualidad en cumplir con sus obligaciones, una fe generosa y universal, una confianza en Dios sin reserva, una perseverancia inalterable y superior á todos los acontecimientos, tales son los rasgos mas señalados de la verdadera devocion: consideremos si es este el carácter de la nuestra.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que para agradar á Dios es necesario querer las cosas en el mismo orden que Dios las quiere, porque su voluntad debe ser regla de la nuestra, como que ella es el principio de todo bien. De aquí es; que el hombre justo no medirá jamás su condicion por su devocion, sino que siempre reglará su devocion por la condicion á que Dios le llama, y la hará consistir sobre todo en cumplir perfectamente todas las obligaciones de su estado. No tanta ostentacion de piedad, no tanta reforma exterior, no tantos lamentos por la relajacion de los demás; sino mas caridad, mas desinterés, mas buena fe, mas mortificacion, mas sentimientos bajos de si mismo, menos vivacidad sobre el punto de honor, menos dureza sobre las miserias de otro, menos delicadeza para su persona, estos son los puntos capitales y como el fundamento de la verdadera devocion. ¡Qué error el buscar uno su perfeccion fuera de su estado! Las condiciones son diferentes; pero la obligacion de cumplir en ellas todas

sus obligaciones es la misma: no toda devocion es á propósito para todo género de condiciones. Lo que serviría para la santidad de los unos, sería un obstáculo para la salud de los otros. Son las diferentes condiciones, segun el Evangelio, como otros tantos árboles que deben todos llevar fruto, pero cada uno el fruto de su especie; y esto es puntualmente lo que hace nuestra cobardia y nuestras infidelidades mas inescusables. Si fuese necesario adquirir la perfeccion propia de un estado diferente de aquel á que Dios nos ha llamado, costaria esto mucho y la virtud sería penosa; pero ¿qué excusa le queda á ninguno sabiendo que la verdadera devocion consiste en el cumplimiento de las obligaciones de su estado? Una persona religiosa no está obligada para santificarse, mas que á observar exactamente sus votos; desempeñar con puntualidad todos sus deberes, y guardar sus reglas; su perfeccion, por decirlo con precision, consiste en la perfecta observancia de todas sus reglas. Un padre, una madre de familia halla, por decirlo así, reducida su perfeccion á la práctica de las obligaciones de su casa; omitirlas para ejercitarse en otras buenas obras, aunque sean de mayor perfeccion, es una ilusion. Correr á las iglesias y á los hospitales, mientras que el cuidado de la educacion de los hijos queda abandonado á discrecion de los domésticos, es una ilusion lamentable. Omitir los deberes de su estado, no guardar las reglas en el estado religioso que se ha abrazado, para hacer otras buenas obras, es, sí, trabajar mucho, pero todo en balde. Por mas santo que sea el zelo, deja de ser meritorio luego que es incompatible con los deberes que prescribe nuestro estado. Dios quiere ser servido conforme á su voluntad, y no conforme á nuestra inclinacion y capricho; solamente ejecutando con puntualidad las órdenes de su Señor, es como agrada el siervo.

De este modo y con esta condicion quiero yo tambien, Señor, agradaros. Las obligaciones de mi estado serán de hoy mas las primeras que, mediante vuestra santa gracia, me propongo cumplir, y mi mayor devocion consistirá en hacer vuestra voluntad.

JACULATORIAS. — Enseñadme, Señor, á que en todo haga vuestra voluntad, puesto que vos sois mi Dios. (*Psalm. 142.*)

Renovad en mí, Señor, la pureza del corazon y la rectitud del espíritu, sin las que es imposible que yo os agrade. (*Psalm. 50.*)

PROPOSITOS.

1 Una persona sólidamente virtuosa, es una persona sin amor propio, sin doblez, sin ambicion. Es una persona severa siempre consigo misma, y que no se perdona cosa alguna, al mismo tiempo que es indulgente con los demás, en cuyo favor todo lo escusa. Atenta sin afectacion, complaciente sin bajeza, oficiosa sin interés, exacta observadora de la ley sin escrúpulo, unida á Dios sin violencia. Un hombre verdaderamente devoto, es un hombre que siente bajamente de sí mismo, que estima á todos los demás, porque no ve en ellos mas que las virtudes que tienen, y no considera en sí mas que los defectos á que está sujeto. Como no se gobierna sino por las máximas sobrenaturales, nunca cree que los que le desprecian le hacen agravio, porque no cree se le deba el honor que le rehusan. Instruido en la escuela de los santos, prefiere las mas pequeñas obligaciones de su estado, á las acciones mas brillantes por su eleccion y por su gusto. En fin, es un hombre que nutre su inocencia con los ejercicios de la penitencia. Siempre contento, siempre afable, siempre en paz, siempre con una igualdad de humor inalterable, á quien no engrien los mas faustos sucesos, ni abaten los accidentes mas funestos; porque sabe que los bienes y los males de esta vida vienen siempre de una misma mano, y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. Tengamos continuamente este retrato y este espejo á la vista, y consideremos de tiempo en tiempo si nuestra devocion se parece á este modelo.

2 Confrontemos frecuentemente nuestra devocion con este retrato, y corriamos los defectos que notáremos en nuestra conducta. Apreciemos como se debe las obligaciones mas pequeñas de nuestro estado, y consideremos qué reglas de nuestro instituto son las que guardamos con flojedad. No hay cosa pequeña en el servicio de Dios; sirvámosle con fervor; no sea nuestra devocion, ni enfadosa, ni floja, ni variable. Nada hay que así agravie á la verdadera devocion como el mal humor, y los defectos groseros de los que pasan por devotos.

DOMINGO OCTAVO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la Iglesia nuestra buena madre en nada tiene tanto empeño como en la salvacion de sus hijos, reúne todos los domingos á los fieles para darles lecciones importantes de salud, para reanimar mas su fe, renovar su fervor, prevenirles contra los peligros, animarles contra los esfuerzos y las astucias del tentador, consolarles en sus males, y sostenerles en todos los accidentes molestos de la vida. Ella les alimenta con el pan de la palabra de Dios, les fortifica con el uso de los sacramentos, y recordándoles cada domingo la memoria de las grandes verdades de la religion, procura siempre, por medio de aquellos rasgos mas señalados de la bondad y de la misericordia de Dios con nosotros, escitar nuestro amor y nuestro reconocimiento hácia él, é inclinarnos á que pongamos en él toda nuestra confianza. A esto precisamente se dirige todo el oficio de la misa de este día. El introito nos trae á la memoria los mas señalados beneficios del Señor; la Epístola en pocas palabras nos presenta el retrato de un hombre espiritual, tal como debe serlo todo verdadero fiel; el Evangelio nos enseña el buen uso que debemos hacer para el cielo de los bienes terrenos, y en el ejemplo de un recaudador, infiel, pero ingenioso y previsor, quiere el Salvador darnos á entender la industria piadosa por medio de la cual debemos hacer servir á nuestra salvacion los falsos bienes de este mundo, de los que no tenemos, por decirlo así, mas que la administracion, y con los que, sin embargo, podemos ganarnos amigos y poderosos protectores en la otra vida. Esta industriosa sabiduria, este buen espíritu, junto con un corazon acomodado á él, es lo que pedimos á Dios en la oracion de la misa de este día, la cual debe ser una oracion diaria para todos los fieles.

Nosotros, Señor, nos acordamos de todos los beneficios de que habeis colmado á vuestros siervos; *hemos recibido vuestra misericordia en medio de vuestro santo templo*; en medio de vuestro pueblo, como traducen los Setenta, S. Crisóstomo, Teodoreto y S. Agustin. ¡Qué de maravillas, ó Dios mio, no habeis obrado á favor nuestro! ¡qué solicitud, qué bondad, qué providencia paternal! ¿Podriamos, ó Dios, olvidar nunca á un Señor tan benéfico, ó dejar de confiar en un Salvador, en un Padre semejante? Vuestra gloria ha penetrado, ó Dios mio, hasta las estremidades de la tierra; en todas partes se os alaba de un modo proporcio-